





## Á ELIAS

Mi querido amigo:—No me estraña una frase de tu carta en que dices que «de la literatura contemporánea, prefieres la francesa»: no me estraña que lo digas y que lo pienses, pero lo siento.—No es mi ánimo negar que en Francia se escribe actualmente *algo* bueno, pero tendrás que convenir que hay *mucho* malo.—Y aquí debo hacer una salvedad: por el sentido de tu carta y por los títulos de las obras que me citas, me ha parecido que te referes únicamente á la novela; me limitaré á hablarte de ella.

Un distinguido literato español, que tu conoces por sus obras y que aprecias como yo, ha dicho, con gran acierto, que la literatura actual francesa es una *literatura tísica*, y yo acepto esta denominación. La mayoría de los *romanciers* franceses han adoptado un género que podrá ser muy simpático á aquella sociedad, pero que por lo mismo ha debido quedar en ella encerrado, sin traspasar jamás la frontera; y siento en el alma que estas obras encuentren traductores entre nosotros; y así como veo con satisfacción propagarse las ediciones españolas de las obras de Jules Verne,—no por la ciencia que puedan enseñar, como algunos creen equivocadamente—sino porque desarrollan la afición al estudio,—me lamento de que haya quien vierta al castellano *La femme de feu*.—Y á propósito de Julio Verne: tu sabes también como yo, que en Francia se le considera como escritor para la juventud, sirviendo sus obras de premio en Liceos y Academias, distinción la mas grande en mi concepto, que puede merecer un autor; pero mientras estas lindas novelitas no han alcanzado más de dos ediciones, la *Mademoiselle de Maupin*, de Theophile Gautier, y la *Mademoiselle Giraud, ma femme*, de Belot, han llegado á la 36.<sup>a</sup> y 37.<sup>a</sup> edición.—Dime, Elias querido, no hay motivo suficiente para contristar el ánimo? no apena ver el estado de la sociedad moderna?—Ni *La Nonne*, de Diderot, ni *Le Sopha*, de Crebillon fils, alcanzaron jamás tan extraordinario éxito en el siglo pasado.

Que no te gusta la literatura inglesa,—hablo siempre en el sentido de la novela,—y que Dickens, aunque te hace reir, te cansa.—Lo siento por tí.—Dickens tiene grandes bellezas, conoce perfectamente el corazón humano, y los tipos que nos presenta, son reales, existen, los vemos á cada momento: no son creaciones suyas, son copias del natural; pero si Dickens no te gusta por su lenguaje festivo y chocarrero y á veces un tanto poco delicado, podrás decir lo mismo de *My Wife and I*, ó de *Lothair*, de D'Israeli?—Quiéres nada más bello, más puramente sentimental y delicado?—Quiéres más agradables creaciones?—Que la literatura española á cuarto la entrega te dá nauseas;—pues no la busques á ese precio.—Has leído *El Sombrero de tres picos*, de Alarcon?—Has leído la *Pepita Jimenez*, de Juan Valera? Si has leído esos libros,—y mucho me temo que no,—te habrás convencido que en España y en Inglaterra hay novelas que en nada ceden á las francesas, en cuanto á la trama del argumento y á la belleza del lenguaje, aunque sí ceden, y mucho, en el fin moral.

Te he dicho antes que no me estraña verte preferir la novela moderna francesa, y voy á explicarme, para que no lo echés á mala parte.

Viviendo, como vives, en medio de esa sociedad: en contacto con sus literatos y escritores,—voces que aun cuando parecen sinónimas, no siempre lo son;—acostumbrado á esa vida fácil y frágil, te has identificado con ese mundo ficticio y con su modo de pensar: ahí la *lorette* no es una mancha social, es un *ange déchue*, como la ha llamado un poeta; por consecuencia, no puede chocarte el que se haga su apoteosis. Te has acostumbrado á oír á la gran dama

discutir con la mayor sangre fría uno de esos libros: ves al hombre de mundo, al honrado padre de familia, analizar con el frío escalpelo de la crítica una novela, mas ó menos *saugrenue*, delante de su muger y de sus hijas, y has llegado á amalgamar de tal modo tu pensamiento á este modo de pensar, has llegado á imbuirte tanto en estas ideas, que nada te estraña en un libro, como vaya firmado por Dumas ó por Souvestre; y es mas, ya no puedes devorar ningún manjar literario como no esté sazonado con pimienta y con mostaza.

Hace algunos días llegó á mis manos un libro de Dumas padre, que tu debes conocer; me refiero á *Fernanda*.—Dime con franqueza, ¿has leído nada mas inmoral al mismo tiempo que mas inverosímil?—Y digo inverosímil y no imposible, aunque en mi concepto esta frase es mucho mas adecuada, puesto que hemos convenido en borrarla del vocabulario del siglo XIX.—Podrás objetarme con la belleza del lenguaje, con la precision del diálogo, con algunos profundos pensamientos, ¿pero puede esto hacer perdonar al autor el presentarnos en escena mugeres de cierta índole y cierto carácter social?—No.—Y mucho menos cuando se trata de ensalzarlas, de elevarlas sobre el nivel de las demás, con grave detrimento de la virtud y la moral. Oye, por si no lo conoces, que lo dudo, el argumento de este libro.

Maurice de Barthéle es el tipo mas perfecto del *gentleman* francés: rico, de una fortuna que le produce cien mil francos de renta, no ha sido jamás derrotado ni en *les courses* ni en el *bacarrat*, ni en la sala de armas ni en el corazón de las bellas. Hermoso como Antinóo, es elegante y flexible: une á estos atractivos una instruccion poco comun y un tacto esquisito: orgulloso de su nombre, tiene un especial cuidado en conservarlo limpio de toda mancha. Hace tres años que contrajo enlace con una prima suya, jóven, de belleza notable, tesoro de virtud y de candor, que le ha sido destinada desde la cuna.—Mauricio, invitado á una cena por sus amigos, conoce á Fernanda, bello ideal de la *coëtte*: linda como un querube, elegante y espiritual, derrocha una fortuna cada año; pinta como Murillo, canta como la Pasta y solo lee las obras de los mas esclarecidos ingenios: Dante, Racine, Camoens, Cervantes, Shakespeare, son sus autores favoritos. Sus trenes son modelos de buen gusto y su hotel es una *bombonière*.

Inútil creo decirte que Mauricio y Fernanda se amaron. Tres meses duraron estos amores, cuando Fernanda, por no sé que incidente, descubre que Mauricio es casado, y creyéndose burlada, rompe con él, arrojándole de su casa, y para hacer imposible todo acomodo, se da al conde de Montgioux, distinguido diplomático y Par del reino, celebrando con él un *marché honteux*.—Pero Mauricio no ha podido arrancar de su pecho aquel amor, no ha podido borrar de su mente la imagen de Fernanda, y empieza á languidecer, contrayendo al cabo una enfermedad que le pone al borde del sepulcro. Todos los cuidados, todas las atenciones de una madre cariñosa y una esposa amante, son inútiles: desconociendo el mal, no pueden aplicar el remedio oportuno.—Pero dos amigos de Mauricio, alarmados al ver la prolongada ausencia de éste en los círculos parisienses, vienen á hacerle una visita: son introducidos en la alcoba del enfermo, y la madre y la esposa de éste, que se han puesto á escuchar (?) tras una puerta, conocen al fin, la enfermedad que aqueja á Mauricio. Y acaso crearás que se indignan, que la esposa ultrajada se siente herida en su amor y en su dignidad? pues no: por el contrario, puestas de acuerdo con los dos amigos, convienen el



medio para que Fernanda venga á la cabecera del lecho á salvar la vida al enfermo. Y lo que es peor, Fernanda viene y salva á Mauricio, y recibe las caricias de la madre y de la esposa, de aquellos dos honrados seres. Y Mauricio la recibe en su alcoba, y le dirige miradas de amor, sin preocuparse para nada de la presencia de su muger. Y aún hay mas: el conde de Montgiroux, que resulta ser tío del enfermo, al enterarse que Fernanda es hija de un valiente general, muerto con gloria en España, le ofrece su mano. Pero la pluma se resiste á narrar tanta miseria.

Y si de este autor pasamos á su hijo, aun encontraremos ideas muchos mas extraordinarias. *L'affaire Clemenceau*, que tan gran éxito alcanzó, no es sino la primera página de *La femme de Claude*. A Dumas, hijo, estaba reservada la triste gloria de aconsejar el asesinato de la muger adúltera: *Tue-la*, ha dicho; y Francia entera, en vez de castigar al autor, como un público debe castigar, con el mas soberano desprecio, ha agotado las ediciones de uno y otro libro. Por mas que la muger adúltera sea merecedora de un terrible castigo, ¿debe nunca un escritor aconsejar su muerte, y su muerte por medio de un asesinato? La ley podrá tolerar en un momento dado y en circunstancias especiales, la muerte de la muger culpable por el marido ofendido, pero aconsejarla, jamás! Eso solo se le puede ocurrir á Dumas, hijo.

Es innegable que en Francia hay escritores que como Edmond About, tienen respeto al público y á sí mismos, produciendo libros de moral irreprochable, al par que de un lenguaje escogido y elegante; pero véanse las ediciones que han alcanzado unos y otros, y podrá apreciarse cuales son los mas favorecidos por la sociedad francesa. El mismo Balzac, se ha atrevido á dar á luz en sus «Escenas de la vida privada» un *Père Goriot*, que en mi concepto no debiera ser publicado. Yo no quiero creer que en el mundo hay hijas como las que nos pinta este autor, que despues de deberlo todo á los sacrificios de un padre amante, le hacen subir, cuando va á visitarlas, por la escalera destinada á los criados; y, si por desgracia existen estos seres, no deben presentarse al público. Y no contento con esto, aun se atreve á escribir su *Physiologie du mariage*, en una de cuyas páginas he leído con verdadero asombro, este apotegma: *Il n'y a pas de femme honnête au moins de trente mille francs de rente*. Apotegma que para mayor gloria de Balzac, no quisiera ver en sus obras.

Y no me arguyas con que estos libros están escritos para hombres, y que los hombres no deben asustarse de nada. No deben asustarse, soy de esta misma opinion, pero no por esto deben llegar á sus manos ciertos libros que matan las ilusiones y agostan el corazon, pues á mi entender, hay ciertos vicios y defectos sociales que no deben verse nunca en letras de molde. Pero aun hay otro peligro: ¿cómo evitar que el libro que hemos dejado sobre la mesa ó sobre el pupitre, no caiga en manos de una esposa ó de una hija? Hay libros, querido Elias, que no han debido escribirse nunca, y en este número comprendo *La fille aux yeux d'or*, de Balzac.

Yo no sé si son las costumbres las que forman la literatura, ó la literatura la que influye en las costumbres: lo que sé es que en todos los siglos y en todas las épocas una y otra han marchado de consuno, lo cual es una prueba, en mi concepto, de que la literatura tiene una influencia y grande en las costumbres; por eso creo que allí donde se presenta la aberración social, allí debe estar la pluma del escritor, pero con cierto tacto, con ciertas formas, de modo que no pueda jamás creerse que se exalta el vicio. Y afortunadamente, en España no hemos llegado, y yo confío en que no llegaremos jamás, á ese grado de perturbación. Esa misma literatura á la que has denominado «callejera ó á cuarto la entrega», no ha alcanzado un punto tal de desmoralización. Pero huye de estos libros, no los leas, acude á otra literatura mas escogida, ó cuan-

do menos mas elegante. ¿Conoces *El Escándalo*, de Alarcon? Dificilmente se puede encontrar un libro mas bello: verdad en los detalles y en los conjuntos: caracteres simpáticos, con los cuales te identificas, gozando y sufriendo con ellos: lenguaje castizo y galano, y un propósito y fin altamente moral: qué mas se puede pedir? Yo creo que si Pedro Antonio de Alarcon no tuviera ya formada su reputación de escritor distinguido, este libro hubiera bastado para formársela. Y fijándonos en otros autores, en Manuel Fernandez y Gonzalez, por ejemplo, el cual es cierto, tiene un farrago de novelas á *cuarto la entrega*, ¿podemos negar que el *Martin Gil* es un buen libro? Conoces el *Frac Azul*, de Perez Escrich?

No, querido Elias, no has estado en lo cierto al decirme que en España no hay libros contemporáneos que leer: en España hay mucho bueno, solamente que no está sazonado para tu paladar. Casi me atreveria á asegurar que no te gusta *Spirite*, de Theophile Gautier.—Tu autor favorito debe ser Arsène Houssaye.

Hay un escritor en Francia, quizá el más modesto de todos, que merece mis mayores simpatías; no conozco de él mas que un libro,—que le ha bastado para formarse una reputación,—*Monsieur, Madame et Bébé*, pero que es seguramente el mas bello de cuantos han brotado de pluma francesa. Hay tanta verdad al par que tanta poesía en aquellas escenas de familia: están delineados con tanta delicadeza y perfeccion aquellos personajes: hay tanto sentimiento en sus *sentimientos* y tanta espresion en sus *espresiones*, que cautiva.—Casi me atreveria á asegurar que mas de un soltero ha doblado su cuello al yugo matrimonial, seducido por los relatos de Gustave Droz.—Autores como este son los que necesita, querido Elias, el siglo XIX.

Me he estendido mucho mas de lo que pensaba: no era mi idea hacer un juicio crítico de las obras francesas, y aunque en realidad estas líneas no lo son ni pueden serlo, casi lo parecen, y sentiré que tú ó algun lector encuentre pretensiones en este modesto artículo, porque escribo sin ellas.—Mi único móvil al tratar de este asunto ha sido combatir tu creencia de que en España no tenemos buenas novelas.—Perdóname si me he estendido mas de lo que debiera, y cuando acabes de leer esta carta, no me trates del todo mal.

NINO.

## MÁLAGA

Si me dejase guiar por los malagueños, Málaga estaba muerta: y, sin embargo, Málaga está vivita, coleando.

Hablad con un malagueño y le oireis decir á cada momento:—«Jesus, y qué aburrido está esto.» Pero para el forastero, *esto* está muy animado.

Verdad que Málaga no tiene la animación de los puntos de baños como Biarritz, Socoa, San Sebastian ó Bilbao; pero tampoco tiene sus playas, y para lo que tiene, no le falta animación. Hay gran número de forasteros, y sobre todo de forasteras, y algunas de ellas, la mayor parte, muy guapas: cuenta con un paseo, que si no todo lo concurrido que debia estar, hay gente en cantidad suficiente para distraerse. Si estuviera algun tanto mas alumbrado, seria un sitio muy ameno; pero segun me han dicho, el Ayuntamiento está haciendo economías con la fábrica de gas, y siendo la economía una cosa laudable, no debo ser yo quien la censu-



re ni critique. Y yo menos que nadie, porque «no soy de esta parroquia».

Pero vamos al caso: en Málaga no se pasa mal; sobre todo cuando no corre viento del Norte, porque entonces... francamente, hace un poquito de calor. El teatro se vé bien concurrido, y Valero está recogiendo buena cosecha de aplausos en su breve temporada. Porque Valero, digan lo que quieran sus detractores, es el mismo que hace veinte años: no hay mas que verle hacer *La Carcajada*; es una carcajada que hace llorar. No puede darse mayor maestría!

Pues bien, Valero lleva todas las noches una notable concurrencia al hermoso coliseo del señor Sans; y allí, aunque á veces hace un poquito de calor, no mucho, se ven unas mugeres, que dá vida verlas tan hermosas.

Verdad que cuando mis lectores lean estas líneas, ya se habrá acabado el teatro; es decir, las funciones teatrales, pues el edificio seguirá en pie: mas aun cuando se haya ido Valero ¿habrá dejado de estar?

Pero nada; concedamos que no hay teatro: ¿dejará por eso Málaga de estar animada? Le faltará un elemento, mas le quedarán otros muchos. Quedarán los baños, que aun cuando solo sea ir á ellos y sentarse allí á verlas pasar, tan lindas y bien prendidas, con sus elegantes trages de percal y sus airosos sombreritos ó sus diminutas tocas, luciendo sus breves piés, aprisionados en zapatos escotados que parecen *bombonnières*; con esas francas y frescas sonrisas que dejan entrever dentaduras blancas como el armiño... Vamos, hombre, que se pasa una hora á gusto. Y sinó que se lo pregunten á mi amigo Juan Luis.

Y otra cosa: aun quedan yo no sé cuantas corridas de toros, y esto es un atractivo poderoso. Un querido amigo mio ha hecho la siguiente estadística. El día 21 toros en Antequera; el 25 en Málaga: el día 1.º del mes de Setiembre otra corrida en Málaga; el 8 en Córdoba, y el 15 y el 21 otra vez en Málaga. ¿Qué mas se puede pedir?

Pero supongamos ¡oh lector apreciable! que no eres aficionado á los toros,—lo cual sentiría de veras;—aun me quedan triunfos para evitar un *codillo*: aun me quedan esos amenísimos conciertos del Liceo, en los cuales, saturados por las suaves armonías de Haydn y de Mozart, de Strauss y de Waldteufel, se vé, como á través de un velo de seda, los ardientes ojos de las malagueñas, las ondulantísimas gracias de las granadinas y los desarrollados bustos de las cordobesas; y al compás de escogidas melodías, se oye el gorgceo de las modernas Evas, gorgceo en el que se mezclan suspiros y epigramas, risas y lamentos, fascinando el espíritu y subyugando la mente.

Nunca es mas grata una sonrisa que cuando la acompaña Regino; ni nunca es mas intensa una mirada que cuando la realza Adames. Imposible hablar de amor al compás de una *habanera*, pero jamás se siente uno tan inspirado como cuando oye *L'Affricana* ó el *Roberto*. ¿Quereis veros correspondido por una hermosa, insensible á vuestros anteriores ruegos? Habladla de amor mientras oye el *Adios á la Alhambra*, de Monasterio, ó la *Serenata*,

*ta*, de Carreras, y la vereis conmovida. Insistid si por acaso tocan la *Melancolia*, de Prum, y saldreis vencedores.

Málaga, tus hijos te calumnian cuando dicen que se aburren; y si bien es verdad que careces de una playa de baños que te ponga á la altura de otros pueblos con menos condiciones que tú, culpa al destino fiero que te persigue, y que ha traído la *philoxera* á tus valiosos viñedos; pero no por eso se dejará de gozar en tu recinto, digan lo que quieran tus calumniadores. Tú vales mucho, si; tienes buenas cosas y buenos elementos de distracción, y eres hospitalaria como pocos pueblos.

No te preocupes de los que te murmuran, ni de los que mirándote cara á cara te lanzan un homérico bostezo; y cuando te censuren, diles que un forastero algo difícil de contentar te ha visitado, y ha pasado veinte días muy á gusto.

MAZOURKA.

## LA ORACION DE LA TARDE

Ya declina la tarde; al Occidente  
rápido marcha el sol, y en la colina  
de la aldea vecina,  
aun asoma su carro refulgente.  
Sus tendidos, pajizos resplandores,  
de la dorada mies se van alzando,  
y los dulces cantores  
de la selva, su marcha saludando  
con trinos primoros.  
La tierna Filomela, apresurada  
busca afanosa el nido,  
y de la codorniz enamorada  
suenan el canto sentido.

Sagrada, augusta calma!  
Tranquila magestad! Horas solemnes  
que á paz y religion mueven el alma!  
Las auras leves mecen en su tallo  
á las pintadas flores,  
que pródigas exhalan sus olores;  
llama su hembra el caballo,  
muge alegre y feliz el manso toro,  
la suelta cabra viene de contado,  
y todos abandonan el tesoro  
del abundoso pasto regalado,  
y buscan el albergue deseado.  
A las tiernas endechas  
del sencillo cultor, se une el balido  
de las mansas ovejas, y al sonido  
de su pequeña esquila sonora,  
se mezcla la piadosa  
voz de metal del alto campanario,  
que alza orgulloso las agudas flechas.

Todo es paz y quietud, blando reposo,  
dulcísima alegría,  
en esa hora tranquila de la tarde  
en que la luz del día ya no arde,  
y á nuestro lábio acude presuroso  
el anuncio del ángel á María:  
—Salve, madre de Dios! Que Dios te guarde!

REMO.

Julio 1878.



## EL AMOR

Añadir una sola palabra á cuanto se ha dicho del amor, es como dejar caer una gota de agua en la inmensidad del Oceano, ó como añadir un grano á la arena de sus playas.

Y sin embargo, no se concibe un ser que no haya amado, y amante haya podido resistirse á grabar en una hoja de papel sus sentimientos.

El amor verdadero es comunicativo; el que ama y es correspondido, goza sabiendo que otros conocen su dicha; solo el que vive sin esperanza, es el que guarda el secreto de su amor.

¿Pero qué es amor? Muchas palabras, muchas frases rebuscadas é ingeniosas, han querido definirlo, pero ninguna á podido acertar con el verdadero concepto de él. Un escritor contemporáneo lo ha dicho: *«El amor se siente y no se define; es poca cosa el hombre para penetrar el secreto de la naturaleza.»*

Raudal inmenso de ternura, céfiro suave, que mece la cuna del recién nacido, que refresca la frente calenturienta del desgraciado, y en cuyas alas vuela el último suspiro del moribundo, es á veces también torrente despeñado, que arrastra en su caída, esas débiles hojas del árbol de la vida, que llaman ilusiones; ya consuela y ya mata; las sensaciones del amor están en una inmensa escala, donde no son conocidos el primero ni el último pedazo.

Y apesar de estas contradicciones que en él se encuentran, ¡que dulce es amar! El canto de las aves; el eco flebil del céfiro que mece las copas de los árboles; el beso de la brisa; el delicado aroma de las flores; ese azul salpicado de púrpura, donde flota el encaje de las nubes; ese bello rielar de la luna sobre el inmenso mar, dicen al hombre:—ama porque ese es tu destino; ama porque nuestro ambiente, nuestros ecos, nuestros aromas, nuestros colores y nuestra luz, no valen tanto como una sola palabra de amor, como el suspiro de un alma enamorada.

Amaos los unos á los otros, dijo Jesucristo, y al influjo benéfico de su santa palabra, brotó la Caridad Cristiana, que no es mas que una emanación del amor; que digo! el amor mismo. Por él tan solo, desde la cumbre del Gólgota sangriento vertió su sangre el Redentor Divino, y millares de mártires agotaron sus fuerzas y perdieron su vida en el tormento. Por él tan solo formóse el mundo al soplo de la divinidad, y mas tarde, por la union de los seres y la atracción de las razas se formaron los pueblos. Por él tan solo el género humano, de progreso en progreso, saltando vallas y descubriendo nuevos horizontes, ya en la esfera de las ciencias, ya en la de las artes, aspira llegar á la meta del saber, á la cumbre de la perfección. Mas ¡ay! también por él, guerras sangrientas inundaron de horrores los campos de batalla: por él, pueblos enteros lograron su ruina y exterminio; por él, hombres ilustres mancillaron su nombre y su fama. En una palabra; no hay acontecimiento alguno en la historia de la humanidad, donde el amor no deje impresa su huella,

que unas veces es símbolo de paz y de ventura, y otras funesto signo de perdición y duelo.

En la Edad Media, en esa edad galante, fecunda en aventuras y en empresas; edad en que el trovador errante cantaba sus endechas al pié del muro del señorial castillo; edad en que los santos nombres de patria y religion llevaban á la lucha con los árabes las huestes de cruzados, ó disputaban palmo á palmo el territorio pátrio, víctima de una bárbara vasion; en esa edad feliz de leyendas fantásticas y inbellas, era el amor la divisa de los nobles caballeros, era el amor el lema de las banderas pátrias, era el amor la enseña, que en justas y torneos, animaba á los esforzados campeones, que luchaban ansiosos por obtener el galardón de manos de su dama.

En este siglo frío y positivista, en que los *espiritus fuertes* pretenden imponerse á todo, y desterrar de la sociedad y del alma del hombre cuanto de bello encierra, hay pechos miserables que no se agitan á impulsos del amor, hay cabezas soberbias que no quieren inclinarse ante su yugo suave, y ay! vergüenza es decirlo!, hay hombres que pretenden convertir en especulación y lucro los mas dulces sentimientos del alma, ahogar con el aureo sonido, el grito del pudor alarmado y de la inocencia sorprendida, buscar el vil metal donde solo hay caudales de poesía; en una palabra, prostituir el amor metali-zándolo.

¿Y lo conseguirán? De ninguna manera. Lo bello, que es la esencia de Dios, es como éste, inmutable, y lo que fué en el primer momento, es y será siempre, sin que valgan los esfuerzos impíos de un siglo y de una generación corrompidos, á destruirlo.

De una sonrisa del Eterno, brotó el amor en el primer día del mundo. El mundo perecerá, pero el amor vivirá siempre, aromatizando con su grato perfume, los esplendores de la Gloria.

IL VECCHIO.

## CALINO

Hubo un tiempo en que Calino—ya saben ustedes de quien quiero hablar,—fué nombrado Juez municipal.

Un día que se hallaba sentado en su gabinete, tirando bolitas de papel al techo, para entretenerse en algo, entró un querellante.

—Puede V. probar su identidad? dijo Calino.

—No, señor Juez, no tengo ningún papel que pueda probarla.

—No tiene usted su contrato de casamiento, ni su fé de bautismo?

—No, señor.

—Y diga usted, tampoco podría mostrarme su acta de defunción?

PEPIN.



## POBRECITA!

Sali esta mañana  
con ánimo hecho  
de dar por el Muelle  
un largo paseo,  
y al pasar por casa  
de mi amigo Ernesto  
con sorpresa escucho  
ayes y lamentos,  
agudos suspiros  
y un llorar tremendo.  
—Qué habrá sucedido?

¡Canastos! entremos.  
Llamé presuroso,  
y luego que abrieron  
subí la escalera  
cual gamo ligero,  
y ahogándome casi  
entré en su aposento:  
en él solo estaba  
la esposa de Ernesto  
tan pálida y triste  
llorando y gimiendo.

—Amiga, la dije,  
¿qué viene á ser esto?  
decidme, ¿qué ocurre,  
que triste la veo,  
y en llanto bañados  
sus ojos de cielo?  
¿Por qué es esa pena,  
ese sentimiento,  
esa horrible angustia  
que mora en su pecho?  
Contadme, ¿qué pasa?...

Mirad que ya empiezo  
tambien á afligirme  
y á hacer mil pucheros!

—Dejad que suspire!...

—Suspire, sí, bueno,  
suspire en buen hora;  
mas despues, le ruego  
se sirva explicarme  
la causa de aquesto.

Por Cristo, decidme...

—¡Ay, don Anacleto!...

—¡Ay, amiga mia!...

—¡¡Ay!!...

—¡Ay!... ¡Truenos!

que ya estoy llorando  
sin saber que es ello.

Acabad, hermosa...

—¡Que Ulises... ha muerto!...

—¿Y quién es... Ulises?

—Mi perro faldero.

—Pues sepa usté amiga

que... abur y me alegro.

UN INTRUSO.

## EL MUNDO MARCHA

En 1800, por el mes de abril, época de todas las florecencias, un escritor, cuyo nombre ha desaparecido, tuvo una idea.

El caso es raro, pero sucede á veces.

—Diantre! exclamó, aquí hay algo.... y desenvolviendo con tino este pensamiento... Una jóven que ama á pesar suyo á un criminal... Voy á hacer un artículo para *La guirnalda de Venus*. Debe tener un éxito asombroso.

Y el literato lo hizo como decia: solamente que esta vez el éxito conservó toda su razon, y la prueba es que no celebró ni poco ni mucho el mencionado artículo.

En 1810, un periodista á quien faltaban gaceti-llas, recorría indolentemente un volúmen de *La guirnalda de Venus*, que por azar habia caido en sus manos.

De pronto dió un brinco. Sus ojos habian encontrado el artículo de su predecesor.

—Pero esto es un gran descubrimiento! exclamó. Reduciéndolo algo y abreviando el desenlace, puede crearse una gaceti-lla excelente. Veamos:

«Una aventura de las mas singulares ocupa en estos momentos al pueblo de Z...

«Una jóven que vivia tranquilamente en compañía de su madre, hizo conocimiento con un extranjero, etc... etc...»

Los suscritores no habian leído jamás cosa semejante.

En 1820, un *constructor* de proverbios—esta era entonces la literatura de moda—leyó en un periódico que envolvía una libra de velas, acabada de comprar, las gaceti-llas de 1810.

—Calle, se dijo—hé aquí una idea que tiene algun atractivo. Vamos, hay que confesar que este periodico es mi Providencia.

La historia del amor de esta jóven me dará un artículo soberbio. Lo titularé *No es oro todo lo que reluce ó Las apariencias engañan*: solamente que es necesario que mi heroina se detenga á tiempo en la pendiente fatal... y que conozca que amaba á un criminal, y entonces la casaré con su primo, que se llamará Jorge. Ea! ya que tenemos idea, á trabajar.

En 1830,—época del romanticismo—un literato melenudo meditaba un artículo: á caza de una idea papeleaba entre varios periódicos, cuando se encontró con una que decia *Las apariencias engañan*.

—Diablo, aquellos eran capaces de una idea, gritó, esto me estraña. Y no sería nada esta historia entre mis manos! Pero que estúpidos! hacer de este bello pensamiento un proverbio, cuando hay aquí todo un drama. El amor de una dama de la edad media... porque eso sí, yo trasportaré la escena á la edad media—por un jóven guerrero, que resulta ser luego traidor y cobarde. Magnífico! No hay mas sino llenarlo de *ah! oh!* y lágrimas y suspiros, y un desmayo en tiempo oportuno. El primer acto se pasa en la sala de armas del castillo; el segundo en



una oscura mazmorra! Oh! tengo asegurada cien representaciones.

En 1840 era la zarzuela la que imperaba.

Olona era el dios y los traductores sus profetas! Entre estos habia uno llamado X..., que era el tipo perfeccionado del rapsodista.

Hay que advertir que para los autores zarzueleros la historia no ha existido jamás; son refractarios á ella.

X... no sé como, encontró un dia el drama romántico de 1830.

—Estos dramaturgos... Estúpidos... pero qué veo! mientras mas avanzo en la lectura, mas y mas me convenzo que de aquí se puede sacar algo de provecho... desnaturalizando el género... Oh! esto es odioso, un motivo tan bueno entregado en manos de esos salvajes... Pero yo haré de aquí una excelente zarzuela; haré del amante un hombre honrado con el mismo nombre de un presidiario sentenciado á muerte: todo hace creer á la novia que ama á un criminal: la situacion se complica por la torpeza de un policía estúpido, que será el gracioso... Magnífico. He hallado un tesoro en este drama... Lo que es conocer el teatro...

En 1850 era el realismo el que se imponia.

Uno de los mas serios y estirados sectarios de este género, se encuentra de manos á boca con la zarzuela mencionada.

—Que abominacion! exclama con asombro y cólera; tan soberbia idea en una zarzuela idiota. Vamos, se necesita tener poco talento... Pero para un hombre como yo hay aquí toda una novela: puede hacerse un estudio sobre la clase obrera. Mi heroína será una frutera; descripcion de la tienda: la jóven encuentra un obrero; aquí la blusa es de rigor. Un dia se entera de que la policía ha preso á su novio y lo ha llevado á la cárcel: extensa descripcion... mucha insistencia sobre los harapos de los presos y los palos de los cabos de varas; porque eso sí, es menester que los cabos de varas sean unos tiranos, sinó no hay efecto posible. Pero el obrero es inocente; el verdadero culpable es el conde de... un aristócrata...

En 1860 la moda eran las crónicas.

Un cronista distinguido leyó por azar la novela y se dijo:

—Oh! gran tema para mi revista de salones, entre el baile de la duquesa H... y la baronesa N... Un par de cuartillas, algunas voces extranjeras, y la promesa de continuarla otro dia, y mi reputacion es hecha.

Desde 1870 la idea sigue rodando por periódicos, libros, folletos, almanaques y teatros, y amenaza hacer un viaje al rededor del mundo.

Segun cálculos precisos, ha producido 41.352 reales.

El público sigue aun leyéndola y encontrándola nueva.

Lope tuvo razon.

SANSON.

## LO DE SIEMPRE

### I

Jóvenes eran los dos  
y con delirio se amaban;  
él era un guapo mancebo  
y ella una linda muchacha.  
Cierta tarde de Febrero  
á su balcon asomada,  
la niña triste y llorosa  
á su galan esperaba.  
Pasó media hora, una hora,  
y al pensar en la tardanza  
del jóven, cuyo cariño  
era el todo de su alma,  
de aquella sin par belleza  
por las mejillas de grana,  
deslizóse lentamente  
una silenciosa lágrima;  
y al enjugarla exclamó:  
—¡Dios de bondad! ¡cuánto tarda!

### II

Al fin unidos se vieron  
los dos por el santo yugo,  
y una tarde en que el marido  
de la casa ausente estuvo,  
ella con otro galan  
de blondos cabellos rubios,  
toda la tarde pasó  
hablando muy bajo y mucho.  
Y cuando al fin ya la noche  
tendió su manto de luto,  
refiriéndose á su esposo,  
con un acento inseguro,  
dijo la bella al galan:  
—¡Dios quiera que tarde mucho!

### III

Yo, invisible espectador,  
dije su mudanza al ver;  
¡Nadie puede comprender  
los misterios del amor!

¡Al mundo estudiando voy  
y su falsedad contemplo,  
al mirar por este ejemplo  
lo que vá de ayer á hoy!

OSICRAN.

1878

## PASATIEMPO

### CHARADA.

Aunque segunda y tercera  
contigo, tanto te quiero,  
que ser dos prima quisiera  
para que tú, placentero,  
mucho Todo me tuvieras.



## AUREA

NOVELA POR C.

(Continuacion.)

Así es, que al ver tan legítimamente justificado aquel viaje, se me quitó del corazón un peso enorme, porque hubiera sentido vivamente haberme equivocado en la buena opinión que yo quería formarles, y verlas descender del nimbo en que las había colocado.

Ningún derecho tenía á investigar su vida pasada, porque ningún vínculo me unía á ellas; nada debían importarme aquellas dos desconocidas; y, sin embargo, al solo pensamiento de que pudieran no ser dignas de la aureola de virtud de que mi mente y mi deseo las rodeaba, me hacía daño.

La soledad en que las había encontrado en la estación del camino de hierro; la circunstancia de no haber escrito ni dado noticia alguna de su marcha durante el viaje; el marcado silencio en que se habían siempre encerrado respecto á su familia y objeto del viaje, me había preocupado lo bastante, para que luchando con el afecto que ya les profesaba, no se diera momento de reposo mi imaginación, exaltada y novelesca de suyo. Y aunque las anteriores palabras no eran suficientes á destruir por completo mis dudas, ya al menos estaba seguro que no se trataba de dos aventureras que viajaban al azar, buscando un nido donde reposar el vuelo. Su viaje tenía ya á mis ojos un motivo; motivo que se me confiaba, dándome una prueba de estimable confianza.

Un resto de sospecha quedaba aun en mi espíritu: no las había visto escribir ni recibir carta alguna, ¿pero no podía ser debido á la falta de familia y de afecciones? ¿no podían ser solas en el mundo? Esta circunstancia debía hacerlas mas apreciáveis á mis ojos; y me propuse desde entonces desechar toda idea impura, todo ponzoñoso pensamiento que pudiera rebajarlas en mi concepto.

Me decidí, pues, á ser su salvaguardia y no abandonarlas un momento hasta ver á aquella jóven tan bella y tan buena, libre de las garras de la mortífera enfermedad que la había hecho su presa.

## VI

Encargado de todo puse mi mayor cuidado en cumplir de una manera digna la misión que se me había confiado.

El viaje debía hacerse por el camino de hierro hasta la Pizarra, donde nos aguardarían caballos, preparados de antemano, en los cuales iríamos al Burgo, donde descansaríamos toda la noche, para evitar á Aurea la fatiga de un viaje demasiado prolongado; continuando á la mañana siguiente para Ronda, en cuya ciudad debíamos encontrar alojamiento en una casa alquilada espresamente para ellas, y la cual tenía vistas sobre el Tajo.

Esta casa estaba amueblada y lista para recibir á sus huéspedes.

## VII

Á los quince días de estancia en Málaga dispusimos el viaje.

El tren se encargó de conducirnos á la Pizarra con arreglo al programa convenido; y en aquella estación encontramos los caballos; los destinados á las señoras estaban preparados con jamugas, pero Aurea tuvo empeño en que se le cambiara la montura al suyo, pues quería ir á la gínetica, y aunque su madre y yo le hicimos justas reflexiones, temiendo que el cansancio del camino pudiera hacerle daño, insistió con tanta gracia y con tan dulce súplica, que fué preciso ceder, máxime cuando el dueño del parador inmediato se presentó con una silla de señora, ofreciendo alquilarla.

Apenas cayó Aurea á caballo, comprendí que era una amazona consumada, y que no debía temer lo mas mínimo por ella, pues sabría conducirse con seguridad y acierto.

El viaje fué amenísimo. Aurea manejaba el noble bruto, que era una jaca torda, de bastante sangre, con una soltura y elegancia admirables; sin embargo, mas de una vez temí por ella, pues obligaba al corcel á saltar zanjas y á hacer piernas; pero de seguida me tranquilizaba, viéndola salir siempre airosa de su empeño.

Su madre le hacía de vez en cuando cariñosas reconvenciones, pero Aurea se volvía entonces hacia ella, y dirigiéndole una mirada encantadora, le tiraba un beso; despues apretaba el caballo y desaparecía al galope, obligándome á seguirla para que no se estraviara en el camino.

Una de las veces que le dí alcance, y mientras detenidos un momento, esperábamos que se reuniera el resto de la cabalgata, Aurea, que se sentía agitada, me tendió su mano, diciéndome:

—¡Cuán bueno es V.!

Cogí aquella mano sin replicar, y tuve impulsos de llevarla á mis labios; pero me contuvo el temor de disgustarla, y me contenté con oprimirla dulcemente entre las mías.

Cada vez me iba sintiendo mas impresionado por aquella jóven, á quien quería como á una hermana, y por la que estaba dispuesto á hacer cualquier sacrificio. Me parecía tan digna de lástima por la enfermedad que la dominaba, que hubiera dado mi vida por verla libre de su malestar.

En las primeras horas de la noche llegamos al Burgo, alojándonos en el Meson, único parador que habíamos encontrado, pero yo había tenido gran cuidado en que todo estuviera limpio, y el aseo que dominaba por do quiera hacia muy soportable la idea de estar en aquella fonda, escesivamente popular.

La cena, compuesta de platos producidos por la cocina del país, fué mucho mas amena de lo que podía esperarse. Los ásperos, pero blancos manteles, y el moreno, pero sabroso pan, abrian el apetito, y el monumental belón, de metal de Lucena, encendido por sus cuatro mecheros, mereció mas de un epigrama á la jóven, quien, sin embargo, confesó que no recordaba haber hecho una comida con tanto apetito como aquella noche.

(Continuará.)